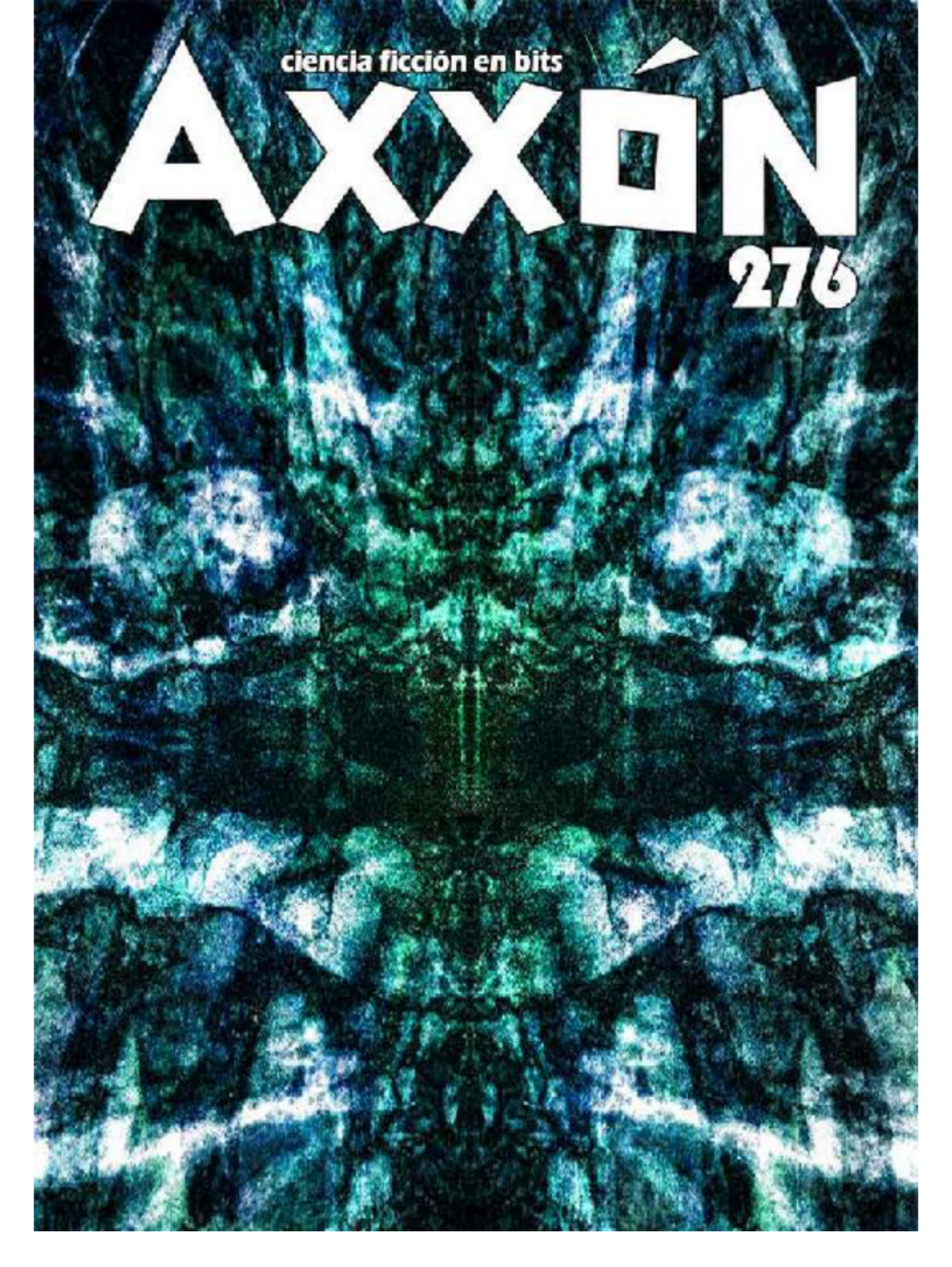
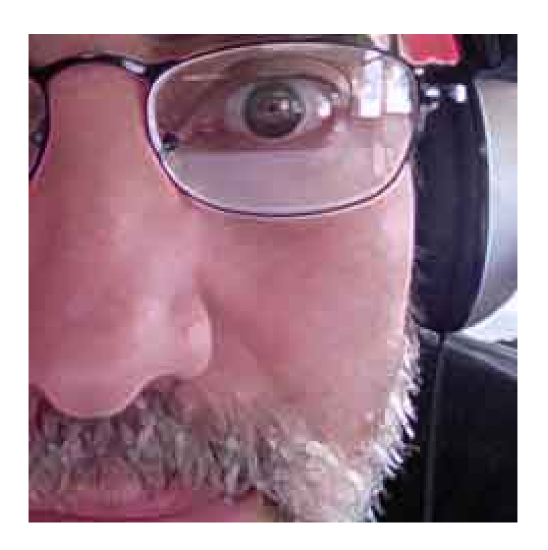

ciencia ficción en bits
AXXÓN
276

Axxón 276, agosto de 2016

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 276

ARGENTINA



Leídas, vistas o imaginadas, muchos recorrimos de alguna forma esos mundos virtuales que conocemos como *ciberespacio* para vivir a través de los personajes toda clase de peripecias. En mi caso, algunas de estas peripecias fueron a través de la lectura, pero sin embargo recuerdo con mucho cariño mi alucinado e infantil asombro ante la primera versión de Tron, aún cuando aquellas animaciones distaban mucho de lo que actualmente puede conseguirse con recursos mucho más accesibles. Adentrarse en mundos virtuales fue transformándose de a poco en algo que podíamos encontrar a vuelta de página sin necesidad de que hubiese largas explicaciones que nos permitieran entender qué sucedía. Yo mismo intenté algunas historias por el estilo, unas pocas vieron la luz y pudieron ser leídas.

Pero muy, muy pocos, pudieron vislumbrar el avance del mundo digital sobre nuestro universo analógico tal como está sucediendo hoy mismo.

De a poco, el mundo digital complementa nuestra realidad analógica. Miles de millones de documentos sólo existen en formato

digital, y aunque por ahora siguen encerrados tras una pantalla, no sería de extrañar que dentro de poco esto sea equiparable a lo que hoy es un televisor en blanco y negro. Hoy mismo, podemos combinar escenas de nuestro mundo analógico con datos provenientes del mundo digital, integrándolos en tiempo real en eso que hoy conocemos como *Realidad Aumentada*. Es cierto que para esto primero fue necesario alcanzar un nivel tecnológico que lo permitiera, uniendo velocidad a miniaturización, pero de nada serviría esto si no pudiéramos sumarle inteligencia e imaginación.

La realidad aumentada no nació hoy ni ayer. Ya tiene usos prácticos reales, desde hace tiempo. La estoy viendo en parte ahora mismo, mientras veo los Juegos Olímpicos por televisión, marcando la línea de un récord mundial delante de los nadadores, y contando los metros de un salto.

Pero nada puede asemejarse a lo sucedido con el juego *Pokémon Go*.

Tan resonante fue (y es) la aparición de este juego y su impacto en la sociedad que son muchas las voces que se alzan a favor y en contra debido a las consecuencias, algunas veces graciosas pero muchas veces lamentables, de su uso.

Sin embargo, aunque se resalten los aspectos y/o sucesos negativos, me parece que el fenómeno Pokémon Go es interesante en varios aspectos. Ya leí sobre estrategias de marketing apoyadas en la ubicación de *puntos Pokémon*, sobre qué sucede en el mundo mientras la gente caza animalitos virtuales, pero me gustaría que sean los especialistas los que den su palabra al respecto.

Como informático, sé que habrá un antes y un después de este juego. Nunca una aplicación de realidad aumentada ha sido tan exitosa en cuanto al *ruido mediático* que está causando y a su impacto en la sociedad. Especialmente en los más jóvenes, más acostumbrados y con menos pruritos para incorporar más tecnología a sus vidas. Creo que luego vendrán otros juegos y otras aplicaciones populares menos lúdicas, que combinaremos con anteojos de realidad virtual, en las lunetas de los vehículos y otras extensiones que no imaginamos. El mundo es más rico con cosas así, más allá de que en este caso hayan sido unos animalitos que no existen en lo que hoy consideramos “mundo real” los que están causando tanto revuelo.

Recuerdo la escena de un cuento (y lamentablemente no recuerdo de cuál se trata, tal vez su autor lea estas líneas y pueda disculpar mi olvido y recordármelo) donde el personaje acariciaba el lomo de un cervatillo que cruzaba su sala de estar. La recuerdo porque me resultó hermosa. Tal vez no falte mucho para que interactuemos así con entidades virtuales. Tal vez (y aquí apunto un poco más lejos), tampoco falte tanto para interactuar con inteligencias nacidas en el entorno virtual. Tal vez algunos sistemas informáticos avanzados, que cuenten con la capacidad de reconocer el entorno que los rodea y redes neuronales rudimentarias que les posibilite aprender, puedan dar rienda a la aparición de esa esquiva inteligencia artificial y post humana.

O tal vez, no. No puedo asegurar si estamos por cruzar una línea que no tiene vuelta atrás o si simplemente estamos a la vera de un acantilado, oteando más allá pero sin muchas posibilidades de avanzar. La respuesta la dará el tiempo, y me gustaría estar presente cuando suceda.

Mientras tanto, pienso que debemos seguir empujando estos límites que nos gusta empujar. Imaginar más allá, trasformar ese empuje en hechos literarios, compartir a través de la palabra esa imaginación desbordante que sirve para crear y entretener pero también para cuestionar todo lo cuestionable, e incluso para enfrentar dudas y temores sobre los que somos y podemos ser.

Para eso, publicaciones como Axxón deben permanecer vivas. Es imperativamente necesario que sigamos presentes y activos, y por sobre todas las cosas, que no estemos solos. Cuando alguna revista anuncia que dejará de salir (o directamente deja de hacerlo) siento que se cierra una posibilidad riquísima de estimular lo que somos y podemos ser. Sé que es difícil mantenerse, más cuando la realidad cotidiana se complica. Lo sabemos en nuestra propia piel. Pero hagamos lo imposible por mantener viva la llama.

¡Vamos, Axxón!

Blank 235

Alejandra Decurgez

 **ARGENTINA**



Ilustración: Tut

Me apoyo contra la pared, pongo las piernas bien juntas. El Blank 325 está en el mismo rincón de la primera vez y prefiero no mirarlo, aunque siento cómo tensa los cordeles de silicio que nos unen. Debajo de la insistencia con que tironea está esa pesadumbre que ya conozco. Me admiro una vez más de su resolución, tan atípica para los de su clase. También pienso que es un preludio adecuado y me entusiasmo como cuando la idea se coló en mi cabeza. No debería, quizá, pero sonrío.

Son las 04:32:57.

La desconcientización, me convenzo, va a ser como el plap del corcho de una botella, sonido puro, sin dolor.

Cierro los ojos.

—Estaba a punto de elevarle un apercibimiento, Dysmund.

El Phibu me esperaba al final del corredor. Como de costumbre, tapaba con su espalda la puerta de ingreso al cuartucho. Sostenía un cigarrillo de ceniza infinita, en equilibrio precario entre las orillas de su branquia derecha. Durante los últimos meses se había convertido en un fumador dedicado, supongo que habría adquirido el hábito en las noches larguísimas con los otros guardias, entre partidas de póker. Si yo pudiera generarme un set de pulmones nuevos cuando me viniera en gana, como él hacía con cualquiera de sus órganos, probablemente también fumaría.

—¿En serio? ¿Apercibimiento? —le contesté—. Son las dos de la madrugada.

Por mi cara tendría que haberse dado cuenta de que en verdad no me importunaba el llamado.

—No me quedó más remedio que contactar a su amigo Castor porque se trata de una urgencia —frunció la boca de por sí diminuta, su rostro sin ángulos se volvió sombrío.

—Si Castor está ahí adentro… —le advertí señalando la puerta a sus espaldas.

Sus ojillos superiores parpadearon divertidos, y lanzó un ronquido para que no me cupieran dudas de que se estaba haciendo el gracioso. Además de terribles lectores de la fisonomía humana, que por su versatilidad los abrumaba y confundía, los phibu tenían un pésimo sentido del humor.

—¿Qué hay? ¿Un Blank?

Movió sólo la branquia del lado izquierdo de su cuello. Una brizna del humo de su cigarrillo se estiró hacia mí.

—Es un caso peculiar —con eso quiso explicar por qué no había llamado a Castor, la última incorporación del Departamento, un imberbe blancuzco como un Phibu pero más insípido todavía, si es que eso era siquiera concebible. No tengo idea de quién nos lo mandó, o cómo logró que lo aceptaran. No hay mucho que un psicólogo recién recibido pueda hacer en lo que respecta a los blank.

Observé la información que relucía sobre la puerta, que el toque de la lengua del Phibu había activado. Saqué el frasquito del bolsillo y tragué un comprimido.

—Es un Blank modelo 300, bastante usado, además. ¿Qué tiene de peculiar y urgente?

El Phibu expulsó la última bocanada de humo por la branquia izquierda. Los ojillos de su frente y los de su mentón se abrieron al unísono en una

mueca intrigante.

—Vea por usted mismo, Dysmund —dijo con toda la pomposidad que cabía esperar de él, y volvió a tocar la puerta con su lengua, equivalente a una huella. El historial médico del Blank se desplazó al recuadro superior izquierdo y el resto de la superficie se volvió traslúcida. En el rincón más distante del cuartucho tapizado de musgo, ovillado y temblando a pesar de la frazada que le habían puesto sobre los hombros, estaba el Blank 325.

—Parece un modelo mucho más nuevo —dije, azorado.

—Peculiar —confirmó el Phibu.

—¿Puedo? —me había olvidado por completo de la taza de café que necesitaba para terminar de despabilarme y de mi última discusión con Maya.

—Es suyo. A menos que quiera que llame a Castor —emitió una salva de ronquidos y parpadeó con sus ojillos superiores mientras su lengua destrababa el ingreso a la habitación.

No le respondí. Dejé el saco amarillo en el perchero, me acomodé la cantimplora al hombro. Entré.

Cuando la puerta se cerró y quedé solo con el 325, lo primero que sentí fue la humedad fangosa del cuarto en su abrazo incorpóreo pero asfixiante, una especie de ritual de bienvenida. Lo segundo, ese olor tan típico de los blank al que, después de cinco años en la profesión, todavía no me habituaba. Era un hedor a algo muy bello que está a punto de marchitarse. El tiempo tiene que oler así, pienso; cada instante que se desvanece debe despedir un aroma un poco más allá de lo dulce.

—Soy Borges Dysmund —recité por protocolo. Sabía que no entendía ni una palabra.

Me puse de cuclillas con toda la prudencia que pude. Apoyé la cantimplora en el piso y la deslicé hacia su rincón. El Blank dio un respingo. Algo se modificó en su rostro, algo casi imperceptible, como una ola muy sutil en su piel traslúcida, que distendió sus arterias. Olfateó, torciendo la cabeza un poco hacia arriba y agrandando las cavernosidades leves a ambos lados del tabique lechoso. Observó la cantimplora sin moverse.

—No te voy a hacer daño, solamente necesito saber qué te pasa —eso no era parte de ningún protocolo. Lo dije porque algo en él me dio pena.

Permanecimos un rato en puntas opuestas de la habitación. Él, envuelto en su manta. Yo, sentado contra la pared musgosa, con las piernas estiradas, muy juntas, las palmas hacia arriba.

Cuando salí, el Phibu me atajó.

—¿Para cuándo va a tener el informe, Dysmund? —había atestiguado mi primer encuentro con 325 a través de la puerta transparente, así que eso era lo único que podía preguntar que tuviera el menor sentido. Yo percibí su ansiedad, me resultó irritante.

—¿Quiere un informe? El Blank 325 no se movió en tres horas —chequeé mi reloj—. Sí, tres horas. Ni siquiera aceptó beber. Estaba aterrado. Lloró desconsoladamente. El profesional a cargo no sabe qué demonios le sucede. Firma, Borges Dysmund, Doctor en Fitología. Legajo…

—No se pase, Dysmund.

No podía resoplar, ni bufar, ni nada parecido porque el Phibu se lo tomaría como una burla, de modo que me quedé callado. Recogí mi saco del perchero y revolví en los bolsillos. No encontré las laminillas autosecantes que siempre llevo para paliar el sudor cuando trato con blanks, las había olvidado. Culpa de mi discusión con Maya, por supuesto. La puta madre.

—¿Qué piensa hacer?

—Nunca vi uno así —reconocí, mientras me secaba la frente con el borde de la camisa—. Jamás vi que ninguno llorara. Voy a tener que investigar en la literatura. Tal vez tenga que consultar al Laboratorio. ¿Cree que sería posible?

—Como última medida —dijo el Phibu, muy serio.

No sé por qué, mientras iba hacia la Biblioteca recordé la cara aguachenta de Castor, las paletas que se montaban sobre su labio inferior, su cabello pinchudo. Pero la deseché, por inconducente y horrenda.

Llegué a mi celdilla del Departamento de Bienestar Blank, la última del ala septentrional. Encendí la vitrauxnela y seleccioné el motivo de serranías que mejor ayudaba a mi concentración. Extrañaba la provincia en la que había pasado toda mi infancia, tan lejos, en la tierra, tanto más lejos en el tiempo. Mientras los colores comenzaban a irradiar y las formas de los cerros adquirían un realismo aceptable, la brisa de los receptores en los rincones empezó a diseminar un delicioso olorcito a lavanda y peperina y me recordé descalzo, trepando árboles para ver el cielo estrellado. Desde chico soñé con aventurarme a la galaxia; escalé ramajes y riscos, caminé senderos de montaña en plena noche tratando de alcanzar las

constelaciones; pero fue hundirme en los libros lo que, a fin de cuentas, me permitió acariciar el espacio exterior.

Me preparé un café. Sin pensar demasiado en que tal vez me arrepentiría de la dosis extra de estimulantes, metí no una sino dos balitas en la vieja máquina, esa que me obsequié el día que me notificaron que me esperaban en el Armstrong 12. Nunca imaginé que iban a aceptar mi solicitud, la presenté de puro obcecado. Todos decían que la condición cardíaca que me acompaña desde la pubertad pronosticaba un rechazo seguro.

Odiaba el escritorio de acrílico y el sillón, duro como una planchuela de clavos a pesar de su estructura ergonómica, porque quebraban un poco la ilusión. Aunque la capa holográfica que emanaba de la vitrauxnela camuflaba bastante bien las formas macizas, mi mente demasiado racional se empeñaba, casi sin mi consentimiento, en detectar los contornos del mobiliario. Si por mí fuera, dejaría la celdilla por completo despojada, varias veces había jugado con esa idea. Me senté en el piso. De un lado puse la taza de café. Al otro, el exprimido de ginko y jengibre, intragable y de efectos pobrísimos a pesar de las elogiosas palabras del farmacéutico que me lo había vendido.

Desperdigué las bolitas de información lumínica que había traído de la Biblioteca. Entre los tomos dedicados a la naturaleza y fisiología de los blank y algunos ensayos filosóficos estaba el footage de mi fallida entrevista con 325. Empecé por eso. Más que la rara lozanía de su cuerpo muy usado o su temor, algo en la forma en que el Blank lloraba me seguía fascinando.

Regresé a verlo esa misma tarde. Tenía muchas preguntas, alguna que otra hipótesis, llevaba una cantimplora con el néctar nutritivo, tibio y frutado que a los blank tanto les agradaba; lo había preparado yo mismo siguiendo las instrucciones en una de las enciclopedias.

En el corredor, además del Phibu, esperaba Castor.

—¿Es cierto que 325 puede manifestar angustia y, por lo tanto, sentirla? —el infeliz me salió al encuentro como un perro. Ni siquiera la excitación que lo hacía temblar entero parecía moderar sus tecnicismos de académico imberbe.

—¿Angustia? —reí.

El Phibu que protegía la puerta con una actitud más laxa de lo habitual, parpadeó con sus ojillos superiores mientras me observaba atentamente con los de su mentón. Los phibu tienen la expresividad de una toalla bien estirada, de allí que sean imbatibles en las partidas de póker. No sé a razón de qué se me ocurrió, quizá por el aleteo pícaro de sus branquias o la

tensión en sus hombros romos, que había hecho una apuesta con alguien.

—325 es mío y todo lo que le atañe es confidencial —gruñí—. Los dos deberían saberlo. Déjenme en paz.

—Zlug me convocó pensando que quizá podría ayudar.

—¿Quién?

Castor hizo un gesto en dirección al Phibu, que ya no parpadeaba.

—No me interesa —colgué el saco del perchero y me planté frente a la puerta.

—Por favor, Borges —pidió el psicólogo. Apoyó una mano sobre mi hombro con cierta pesadez, como hacen los amigos cuando se despiden.

—No me gusta que me toquen, Castor. Ocupá tu lugar.

Creo que las palabras no habrían sido necesarias, la rigidez de mi mandíbula era tan contundente como mis puños cerrados. Castor retrocedió. Pero habló firme:

—Me llamo Oliver Anlac.

—Decíselo a tus dientes, nene.

Y con ese remate glorioso, me introduje en el cuarto.

Maya dejó tantos mensajes que cuando volví de mi segunda entrevista con Blank 325 mi celdilla estaba iluminada sólo por el fulgor del escritorio. Un resplandor demasiado rojo para mi gusto. No me molesté en responderle, ya había aprendido que replicar o, peor, emprender un contrataque no me llevaba a nada interesante, aunque sí los observé por encima, mientras los iba eliminando. El último decía “ya no sé qué hacer”. Bueno, yo tampoco. Ni con ella, ni con 325.

El último mensaje no era de Maya, sino de Uhren, responsable de la mitad humana del Joint Venture en el Armstrong 12. A ése no me quedó más remedio que devolverle el llamado.

—No entiendo ni jota de su informe, Dysmund. Lo único que sé es que ese blank está reservado para mañana mismo por un senador. Deje de hacerse la estrellita y arréglelo de una buena vez, o lo que sea, no sé. Cúrelo. Lo que sea.

—Señor, Blank 325 muestra conductas no tipificadas en la literatura.

—Ya me hace acordar a Castor con esas palabras.

Bufé pero me mantuve tranquilo.

—Sería muy riesgoso que, en estas circunstancias, el senador, o cualquier cliente, concientizara a este Blank. No sé todavía qué está causando sus reacciones poco convencionales. Además, el desgaste de su organismo no se condice con la frecuencia con que se lo ha colonizado. Tiene la apariencia de un modelo mucho más nuevo.

Uhren meditó mientras mordisqueaba una barra de caramelo amarillo y rojo, cómo le gustaban los dulces. Tenía unos años más que yo, cinco o seis, pero aparentaba muchos menos. Sólo las tres rayas agrisadas de su cabellera, extraordinariamente simétricas, delataban su edad, porque su rostro era juvenil y su cuerpo, firme; hasta conservaba todos sus dientes originales a pesar de esa afición por el azúcar procesada. Y para ser un burócrata, tenía ojos muy chispeantes.

—No sé, Dysmund —protestó, al final—. Los clientes no se toman a bien que se les cambie de blank cuando piden uno en particular.

—Entiendo, Señor. Y no se lo sugeriría a menos que fuera una situación de riesgo.

Uhren desvistió una segunda barra de caramelo usando sólo los colmillos.

—Riesgo —repitió.

—325 parece tener un nivel de conciencia más desarrollado que la media de los blank. Eso indica el hecho de que es capaz de sentir y expresar alguna clase de tristeza. Imagine qué podría suceder si la conciencia del senador se introduce en el cuerpo del Blank, si comparten ese mismo espacio —Uhren me miró con determinación, listo para escuchar todo lo que tuviera que decirle sin importar lo terrible que fuera, como quien espera el pinchazo de una aguja enorme o una cucharada de jarabe. Continué —una lucha de conciencias, tal vez. O algo peor.

—¿Usted sugiere que le diga esto mismo?

Ponderé su pregunta durante un momento.

—Este mismo concepto, sí. Pero evítese la confrontación —sonreí—: mande a Castor a lidiar con el cliente. Para eso se formó, ¿cierto?

Uhren se quedó perplejo. Luego, lanzó una carcajada.

—Me gusta cómo piensa, Dysmund.

El circuito cerrado tenía una nitidez extraordinaria que, sin embargo, no le hacía ninguna justicia a los colores y las texturas de la habitación del 325. Los cuartos donde se aloja a los blank en sus períodos de reposo o cuando están al borde de la compostización son bastante impresionantes. Están revestidos por una superficie musgosa verde metalizada, sólo parcialmente orgánica y con una vaga conciencia, según afirman sus creadores, los phibu. El musgo no sólo responde inequívocamente, a veces, incluso, con vehemencia, a los estímulos; también puede pedir más concentración de gases, ajustes en la humedad o la temperatura. En ocasiones, es capaz de volverse sumamente persuasivo. A los botánicos del Armstrong 12 lo primero que se nos enseña es a leer los estados de ánimo y las necesidades de esa flora mestiza, porque el musgo se parece mucho a los blank quienes, en teoría, exhiben una conciencia igual de nubosa, sólo dedicada a las actividades básicas de preservación del organismo, una conciencia que yo imaginé siempre como un tenue cortinado de fondo.

A pesar del olor repulsivo y del calor tremendo, había algo tranquilizador en esos cuartos vegetales. Aunque respirara por la boca, agitado, y mi camisa terminara hecha sopa, llegaba un momento en que nada me importunaba tanto como para pensar en retirarme y luego, simplemente quería permanecer allí cuanto me fuera posible. A los blank les sucede algo similar: entran en una especie de comunión con el ser de esas habitaciones y parecen sentirse reconfortados. No solamente hay evidencias contundentes acerca de que su recuperación es más veloz y total en ese contexto, y que la compostización arroja mejores resultados en cuanto a órganos y partes reutilizables. Es la interpretación de las variaciones de la díada que se establece entre flora y Blank lo que permite conocer en qué condiciones se encuentran los individuos como 325 y, así, operar sobre ellos. En ocasiones, para remendar a los huéspedes sólo basta intervenir sobre el musgo que los contiene como un abrazo uterino.

—Soy Borges. Borges —repetí a mi imagen.

Mientras veía el footage de la entrevista con el Blank una vez más, fui tomando notas a mano: “hablar con voz más armoniosa, 325 torció el cuello y se inclinó apenitas cuando, más por aburrimiento que por estrategia, me puse a tararear.”, escribí. Abajo, agregué: “A Day in the Life of a Fool, le gustó esa canción”. Taché “gustó”, juicio de valor carente de sustento científico. Lo reemplacé por: “respondió positivamente”. Perfecto.

Detuve la proyección porque me pareció escuchar el chirrido de la cama. Presté atención mientras lavaba una de mis píldoras para la arritmia con el chocolate con nuez moscada y canela, demasiado empalagoso, ya frío. Falsa alarma. Maya seguía durmiendo.

Retomé la filmación en el punto exacto en que la piel transparente de 325 oscilaba por efecto de los músculos de su boca, tensados en respuesta a mis palabras, muy agresivas para su oído. El primer Blank que traté en mi carrera, no bien llegué al Armstrong 12, me había impresionado tanto que tuve que salir corriendo del cuarto. Ni al baño llegué, vomité en el pasillo. Creo que lancé cada bocado que había ingerido en los últimos cinco días. El Phibu que cuidaba la habitación rio con todos los ojillos, las branquias y hasta hizo algo parecido a aplaudir. Después me explicó que era común sentirse asqueado. Ver la fisiología de un ser en todo el esplendor de su funcionamiento era difícil, llevaba tiempo acostumbrarse y no había cuarto musgoso que ayudara. Por eso, cuando un cliente acudía para concertar los detalles del proceso de concientización y elegir qué cuerpo lo serviría, al Blank de turno se lo cubría con gruesas ropas y se le pintaba las manos y el rostro con un polvillo blanco para ocultar venas, arterias, músculos. El resultado era fantasmagórico, tan irreal como el concepto mismo de blank. Pero eso ciertamente no disuadía a ningún cliente y, creo, tampoco habría logrado desalentarlos si tuvieran que ver las entrañas a cielo abierto.

325 apretó las piernas contra el pecho. Las yemas de sus dedos jugaron con las lágrimas que le caían sobre las rodillas, haciendo pequeños círculos hasta que su piel traslúcida las absorbía. Me miraba con atención. Supuse que repasar la escena desde un nuevo ángulo me daría otra perspectiva, pero hizo que volviera a formular exactamente la misma pregunta: ¿estaba tratando de decirme algo, o sólo observaba mis movimientos con recelo? Escribí esa pregunta, subrayé la palabra "recelo". Ningún blank, según mi experiencia, se había mostrado más que como una complacencia absoluta, una masa que espera que le impriman su forma definitiva. Ni hablar de los que estaban para pasar a retiro y compostización, con verrugas por todas partes, lastimaduras supurantes y deformaciones. A su modo tan beatífico, ésos siempre me habían dado la sensación de estar pidiendo un descanso.

—Llorar —le expliqué, señalando los gotones que seguían cayendo sobre sus rótulas. Él permanecía muy quieto. Observando, oliendo.

El historial de 325 establecía, sin especificaciones debido al blindaje de las cláusulas de confidencialidad, que era muy requerido entre la elite política, en especial, por hombres. Sólo una o dos mujeres lo habían concientizado desde su puesta en circulación. Aquello era muy atípico porque, desde su irrupción en el mercado, los blank habían sido objetos de altísima demanda entre las mujeres.

—¿Duele? —mi imagen puso cara de sufrimiento. Él parpadeó. Noté el movimiento sólo por la contracción de sus músculos, porque sus pupilas negrísimas, a pesar del aleteo de su piel transparente, jamás desaparecieron

—. ¿Triste?

Anoté en mi libretita: “dolor es un concepto ambiguo, muy general. Consultar al Phibu. Sería mejor concretar una entrevista con algún responsable del Laboratorio”. Porque, ¿qué es el sufrimiento para un ser con una conciencia como la de un blank, delgada como una laminilla? ¿Qué es dolor para una planta, por ejemplo? Y, más, ¿qué clase de dolor puede sentir un ser que tiene capacidad para asumir formas variadas, adaptándose según la necesidad de la mente que lo coloniza?

¿Debería consultar, también, al infeliz de Castor? Eso no lo anoté, por supuesto, y habría preferido no pensarlo. Pero sabía muy bien, no por formación, sino por experiencia, que los remolinos mentales son difíciles de contener. Mejor dejarlos pasar, que se disolvieran sin dejar rastro.

—Podríamos retomar donde dejamos anoche —la voz sugerente de Maya me llegó desde el otro lado de las imágenes del footage, que en ese momento mostraban cómo Blank 325 se tocaba su propia cara mientras trataba de imitar mis tontas expresiones de sufrimiento.

Ella estaba en el umbral del living, desnuda. El contraluz le acentuaba las sinuosidades a la vez que velaba la dura expresión de su rostro. Apretaba ese tremendo pomo gris con una mano. No quise ni ver qué tenía o qué estaba haciendo con los dedos libres.

—Necesito trabajar. Es un caso urgente —tartamudeé, mientras rogaba para mis adentros. No, otra vez no. Otra vez el mismo suplicio, no.

—Este hijo de puta Blank 325 nos acaba de costar una fortuna.

Así empezó la asamblea, ninguna formalidad y ningún rodeo, siquiera por cortesía o corrección política. La cabecera la compartían Alfa, director de la mitad Phibu del Joint Venture, con sus cuatro ojillos dispuestos de forma transversal justo debajo de dos pares de branquias, y Uhren. A la derecha estaba el CIO, un tipo de talante constipado del que nunca me interesó recordar el nombre, y el Director de Legales. Casi en la otra punta de la mesa, como preparados para defender una tesis, estábamos yo, Castor y Zlug, o como mierda se llamara el Phibu guardián, barra enfermero de 325.

—El senador que lo había reservado pidió un resarcimiento, como era de esperar. Tuvimos que ser muy generosos: tres procesos de concientización sin ningún cargo. Pero, en fin. Eso ya está hecho.

Fue un error haberme traído la infusión de rooibos; aparté la taza lo más que pude del suspicaz escrutinio de Castor, porque probablemente sabría conectar aquel remedio natural con los vergonzantes efectos de la medicación que me habían prescripto de por vida para mi condición cardíaca. Tapé la taza con la mano para amortiguar el aroma a jengibre, disonante con esa luz tan cremosa que daba la sensación de que la sala, con nosotros dentro, zozobraba en una burbuja de nata. No había ni un vaso de agua y ni siquiera Uhren mordisqueaba los caramelos que había desparramado sobre la mesa como una tirada de dados. No era momento de concitar la atención de Castor, ni de ningún otro. La cosa era muy seria. Y no es que no me diera cuenta de que mi carrera corría cierto riesgo, pero cada vez que inhalaba recordaba al 325, y al exhalar, a Maya.

—Esto no puede suceder de nuevo. Así que quiero que saquen de circulación a ese puto Blank y se pongan a trabajar para saber qué cuernos le pasa. ¿Está claro? Denlo vuelta como una media si es necesario.

Carajo. Nunca debí proponerle a Maya que viniera al Armstrong. Era una mujer demasiado temperamental, intensa. Estar en un lugar como este tenía que parecerle un instante entre el masoquismo y la claustrofobia, una excentricidad. Eso lo supe el día que la conocí, cuando mi mente la describió usando la palabra “pantera”. Tal vez ella también estaría reprochándose la insensatez de haberse embarcado conmigo. Algo en mí se entusiasmó con la fantasía de que, al fin, dejara de intentar. Se cansara. Abdicara de nosotros.

—¿Existe alguna precisión? —solicitó el Phibu Alfa, muy tranquilo, y aunque no se lo dijo a nadie en particular, todos se dieron vuelta para mirarme, como en una tácita puesta en común en la búsqueda de un culpable. Quien inauguró el señalamiento, cómo no, fue Castor. La inquina que sentíamos el uno por el otro no sólo era recíproca, era casi orgánica; le poníamos palabras que servían sólo de adorno porque la verdad estaba en las vísceras. Él diría que nuestro odio era de origen “transferencial”, le encantaba vanagloriarse en esa clase de nomenclaturas. A mí sólo se me ocurría una forma de zanjarlo.

—Precisiones no tengo todavía, para ser totalmente honesto. Algunas hipótesis, aunque incipientes —respondí—. Necesito más tiempo.

—Tiempo es lo único que no tiene, Dysmund —dijo Uhren—. Ni se moleste en pedirlo. Haga lo que tenga que hacer. Y rápido.

—Entonces, ¿puedo pedir una entrevista con el Director del Laboratorio? —no me iba a dejar amedrentar por burócratas—. ¿Y una desclasificación del historial de concientizaciones?

Uhren amagó decir algo, pero permaneció callado. Dio vueltas un caramelo, deslizándolo por la mesa con la punta del dedo según estrictas formas geométricas, mientras sus ojos sondeaban los de Alfa, aunque sin saber si enfocarse en los del centro, o los periféricos. La imagen de Uhren mirando de un lado al otro la cara del Phibu, como en una vieja partida de tenis, fue de lo más patético que atestigüé en mucho tiempo. Fue una minúscula victoria personal. Tuve muchas ganas de reírme, pero ni siquiera parpadeé.

Antes de mi reunión con el Director del Laboratorio, visité a 325 por tercera vez. Lo encontré tendido boca abajo, frotándose contra el musgo del piso en lo que me pareció un extraño encuentro onanista. Cuando me vio, se puso en alerta, aunque sólo un instante. Los músculos de sus comisuras tironearon y los repulgues traslúcidos que eran sus labios esbozaron una sonrisa. Sus dedos se tocaron la boca, luego me señalaron y volvieron a tocarse.

—Querés que cante —me fascinaba esta criatura.

Mientras hacía mi mejor esfuerzo por entonar "*a day in the life of a fool, a sad and a long, lonely day. I walk the avenue and hope I'll run into the welcome sight of you coming my way*", recordé la única colonización que vi en toda mi carrera, a instancias de mi mentor, el día que se cumplían mis primeros seis meses en el Armstrong.

Era un modelo 200, relativamente poco usado. Yo no sabía nada del cliente, si era hombre o mujer, sólo vi al Blank, su cuerpo albuginoso inyectado por cables de silicio en varios puntos de la cabeza y el timo, sereno como una hoja sobre un estanque. Estábamos en una habitación como esta; el cablerío, como un aterrador cordón umbilical, se adhería al gran seno vegetal de las paredes, abombado de turgencia. Del otro lado, en un cuarto gemelo, debía estar el cliente; su carcasa vacante pasaría horas planeando un coma controlado, sin secuelas.

Tras la sacudida instantánea de la concientización, que le arrancó apenas un quejido, la piel incolora del Blank fue adquiriendo un matiz perlado hasta llegar a una tonalidad casi bruñida, los ojos se inflaron y se ahusaron, sus iris relucieron de verde. Un largo y ondulante cabello cobrizo se derramó sobre sus hombros y su contorno informe se aguzó en la cintura. En una pubertad aceleradísima le crecieron dos pechos de suculentos pezones. Y un pene.

Si no hubiera conocido a mi mentor, un viejo demasiado cansado incluso

para jugar malas pasadas, habría pensado que me estaba cargando. Pero entendí que lo que quería era desafiarme intelectual, profesionalmente, mostrándome el deseo grotesco, quizá depravado, de un cliente cualquiera. De alguna forma retorcida, era su última prueba antes de aceptarme por completo en el Departamento.

—*I stop just across from your door, but you're never home anymore…* —seguí cantando.

325 movía los labios, imitando los míos. Las yemas de sus dedos se asomaban al interior de su boca para sentir el airecillo tibio que emanaba de su interior. Sus pupilas estaban distendidas y su corazón latía a un ritmo acompasado con el musgo a su alrededor, que ondeaba.

No supe mucho más acerca de aquel Blank modelo 200. Las concientizaciones no suelen durar más de 48 hs y los poquísimos que pueden pagarlas se compran también el derecho a un secreto inquebrantable. En el Armstrong se cuentan todo tipo de leyendas, por supuesto: hay quienes sacian su necesidad de dolor siendo inquilinos de un cuerpo sustituto al que se puede aporrear sin consecuencias, otros experimentan las sensaciones del sexo opuesto, de otra raza u otra especie. Muchos prueban sustancias o incurren en actividades ilícitas. Algunos lo hacen con fines más pedestres, como presentarse a una reunión de ex compañeros con glúteos y bíceps tonificados sin necesidad de forzarse siquiera a una dieta. Dicen que hay quienes han logrado que al Blank de turno le crecieran dos penes, o dos vaginas. También se dice que un cliente desarrolló un par de alas, aunque creo que esto no sería físicamente posible, siquiera para un Blank modelo 500. Lo de los penes y las vaginas, por muy provocador que resulte, tampoco me parece realizable.

—*So back to my room, and there in the gloom I cry tears of goodbye*.

Inmerso en mis propias consideraciones, no me di cuenta de que 325 se había tendido de lado, en posición fetal. Su rostro acariciaba la vegetación de un modo menos desesperado, menos excitado que antes, y parecía que el musgo lo acunaba, y que se susurraban el uno al otro. Era imposible saberlo a ciencia cierta, pero me pareció que Blank se estaba quedando dormido.

Me pregunté qué deseos habría satisfecho y sufrido su cuerpo servicial, si el de algún torturador, quizás el abrazo de un amante o muchos, la infamia de un reencuentro. Tomé nota en mi libretita: ¿cómo impactarían estas experiencias en una conciencia delicada como la seda, incapaz de elaborar nada más que el silencioso idioma del musgo? Entendí mejor por qué el desgaste de los blank era tan horrible: las purulencias, los procesos tumorales, las deformaciones óseas estaban ahí como un mapa de sus

experiencias calladas, de esa confidencia material de los pecados de otro. Entendí por qué tantos parecían deslizarse hacia la compostización con la misma suavidad con que un pétalo navega la brisa, dichosos ante la perspectiva de una larga y merecida siesta. Me seguía sin gustar un carajo, pero empezaba a comprender por qué habían incorporado a Castor en el Departamento.

Y por primera vez en mi carrera me dije: por qué no.

De camino al Laboratorio atravesé el pequeño nodo comercial del Armstrong. Esta vez pasé por delante del dispensario, con su fachada de neón y sus ilustraciones de blisters, preparados homeopáticos y jeringas, superpuestos en un aquelarre kitsch. El farmacéutico calvo y con lentes emergió de detrás del mostrador con una bolsa con raíces, hierbas, ungüentos: mi pedido de la semana. Pero no me detuve. Fui al negocio de al lado y compré cigarrillos.

Mientras esperaba en la antesala de aquel sector que pisaba por primera vez en mi carrera, investigué el paquete rojo y blanco, brilloso al tacto. Cuando lo abrí, el aroma terroso y ahumado del tabaco me sopló en la cara y me cautivó como lo había hecho la conducta del 325. Me tranquilicé a mí mismo recordándome que la objetividad, la neutralidad científica, no existía. Era, como tantas otras cosas en este mundo, una especie de autoengaño.

—He aceptado de buen grado su visita porque tengo muy buenas referencias suyas, Doctor Dysmund. Su mentor fue un gran hombre y un invalorable colaborador, un investigador muy lúcido —con ese saludo protocolar, sin estrecharme la mano, el Director del Laboratorio me invitó a acompañarlo.

No se trataba, estrictamente, de una oficina; al menos, no según los estándares humanos, sino que era un espacio parecido a las habitaciones de reposo de los blank. El musgo que lo componía, verde rosado, se movía plácida pero entrecortadamente: de a ratos dejaba entrever el vacío interestelar, como si parpadeara. De su textura radiaba una luz acogedora que emitía un sonido continuo, mezcla de arroyo y viento. La temperatura era veraniega, seca.

—Le agradezco su tiempo y su buena disposición —dije, mirando discretamente a mi alrededor, porque no había dónde sentarse.

—Este asunto es muy severo, el Consejo hizo bien en derivármelo. Entenderá, sin embargo, que se le haya denegado la desclasificación del historial de concientizaciones de Blank 325. Pero puedo darle algunas generalidades, si lo necesita.

Era un Phibu más imponente que el Alfa, sobre él recaía la planificación del desarrollo futuro del Joint Venture. Tenía un par de ojos encima del otro, tan cercanos que mirarlos resultaba nauseoso. La mitad del rostro sumergido en una recia mancha amarilla y una nariz aplastada, de narinas oblicuas. Sus branquias debían estar ocultas bajo el cuello del guardapolvo. Exhibía una serenidad monacal contrastante con su anatomía rubicunda. No tenía el porte de un gladiador, tampoco de un científico, sino de alguien con la iluminación al alcance de la mano que, tras considerarlo, ha decidido posponer su acceso al Nirvana por tiempo indefinido.

—Tome asiento, por favor —invitó, tendiendo sus largos dedos moteados. No supo leer la expresión confundida de mi rostro pero notó que no me movía de mi sitio. Explicó: —el musgo responderá. Siempre responde a las necesidades de sus huéspedes.

Y así fue. Hice el gesto de sentarme pero con prudencia, porque a pesar de sus palabras temía caer de trasero y hacer el ridículo. Pero la superficie inferior del cuarto me salió al encuentro, tanteando levemente mis asentaderas hasta armar un cojín y, luego, ciñéndose alrededor mi espalda en un agarre suave y pleno. Jamás me había sentido tan cómodo. Dejé escapar un suspiro.

El Phibu parpadeó con sus cuatro ojos, satisfecho.

—¿Ha visto el footage de mis entrevistas con 325?

—Un material tan interesante como perturbador —se sentó frente a mí, en una hamaca cóncava que el musgo extendió como baba verde rosada, desde el techo—. Años después de que se estableciera la misión y visión del Joint Venture, cuando los primeros blank, los modelos 0, estaban en plena producción, surgió una controversia. Los phibu consideramos que no había razón para dotar a los blank siquiera de una conciencia rudimentaria. En cambio los humanos, algunos de ellos por cuestiones religiosas que nunca entendí del todo, insistieron. No fue una mala decisión, debo reconocer. Aunque muchos de los míos me reprochan esta opinión, considero que el hecho de portar una conciencia hace que los cuerpos de los blank se recuperen mejor después de cada proceso de colonización y que demoren más en deteriorarse.

—¿Como una tendencia hacia la salud?

El Phibu se meció en su hamaca de musgo, sus dedos reposaban,

entrelazados, sobre su falda.

—Algo así. Sin embargo, ese mismo beneficio está probando ser un obstáculo de proporciones catastróficas —y tras una pausa, agregó—: me agrada su acento. Tiene como una melodía.

Asentí para mostrarle que me honraba su comentario. Mi procedencia serrana, en efecto, le imprimía a mis palabras una cierta tonalidad y los phibu, que hablaban de forma monocorde, hallaban las inflexiones de mi voz muy interesantes. Jamás perdían oportunidad de decírmelo y a mí ya no me incomodaba que lo hicieran. Me daba, por qué no, un cierto orgullo, también nostalgia de mi provincia.

—¿Cree que las manifestaciones de 325 responden a una conciencia más robusta que lo normal? Y si es así, ¿cómo es posible? ¿Es un error? ¿Una mutación?

El Phibu interrumpió de golpe el movimiento de su hamaca. Cerró sus ojos inferiores para mirarme fijamente con los de arriba.

—¿Qué cree usted, Borges?

—No sé bien qué creo, todavía. Y tampoco sé si la palabra adecuada es “creer”.

—Bien. Yo me permitiría dudar de que el problema radica en la conciencia.

—¿Tiene evidencias que respalden lo que sugiere?

—Las que tengo carecen de poder explicativo, me temo.

Saqué el frasquito de píldoras del bolsillo de mi saco. El Phibu me observó tragar un comprimido. Su falta de expresividad facial me reconfortó tanto como el bondadoso calor, el cojín vegetal y el respaldo. Pero no me pasó por alto la oscilación rosada del musgo. Se me ocurrió que el cuarto sonreía para sí mismo.

—¿Puede decirme, al menos, si alguno de los clientes dio detalles relevantes?

—Puedo decirle que los clientes no han expresado otra cosa que total deleite. Aseguran que es el mejor cuerpo que han habitado.

Sobre mi escritorio no solamente esperaba el atasco de mensajes de Maya, su tono soez más descorazonador que su contenido. Lo que no supuse fue que, además de las descalificaciones de rigor, que la convivencia había

terminado asentando en un inescapable script, en esta oportunidad, la superficie electrónica de la mesa estaba revestida con fotografías.

Las imágenes mostraban diversos ángulos de nuestra cama. Sobre el cobertor con motivos de animal print, un vibrador carnoso, demasiado real para mi gusto. Enorme, nervudo, negro. A su lado, un strap-on dildo, más ancho y corto que el otro, y el pomo gris, ese menjunje de hierbas y raíces de uso externo, que jamás había surtido el menor efecto. Una nota escrita por el puño y letra de Maya amenazaba: Esta noche.

Me deshice de todos los mensajes, de cada una de las terribles fotos que me ponían la piel de gallina. Conocía esos adminículos tanto mejor que a ella, aunque no sé todavía a cuál y a quién odiaba más, a cuál deseaba y a cuál temía.

Puse el cielorraso en modo traslúcido y me tendí de espaldas en el centro de la celdilla para admirar el espacio colosal directo a la cara, con todas sus galaxias titilando al unísono, y para dejarme sostener por su inmensidad oceánica. El Armstrong giraba lentamente, podía sentirlo en el latido irregular de mi pecho.

Encendí un cigarrillo.

Lo vi venir. Pero se arrepintió a mitad del movimiento, justo antes de aferrar la manga de mi saco, milímetros antes. Luego vi cómo replegaba los brazos. Los adhirió contra el costado de su cuerpo, como una momia, y suplicó:

—Por favor, Doctor Dysmund, necesito que me escuche.

Le arrojé una exhalación de humo, deseando que con eso bastara, y aceleré el paso pero Castor me siguió, ágil, a pesar de los kilos que se había echado desde su arribo al Armstrong.

—Este caso es complejo, ¿por qué no me deja colaborar? ¿Observar desde afuera? Como un observador neutral, más distante —apenas distinguía su bla bla entre mis pensamientos—. Las técnicas que usan los sistémicos para casos como este incluyen un segundo terapeuta y son muy efectivas.

—No me interesa tu seudociencia, Castor.

—Oliver —corrigió—. Doctor Dysmund, temo que esté perdiendo la distancia óptima, temo que se esté involucrando demasiado —continuó tras una pausa, con una chorrera que, de seguro, había ensayado frente al espejo —. En su biografía debe haber motivos para que eso ocurra.

Y ahí sí me paré en seco.

—Mantené *tu* distancia, si no querés que te baje todos los dientes —a pesar de la crudeza, no estoy seguro de que hayan sido mis palabras las que lo disuadieron. Tal vez fueron mis puños alzados, que prometían un jab seguido de un gancho, o mi cara, que ardía de furia.

Él sostuvo la mirada sólo un instante y juro que no sé qué intentaba decirme, si me increpaba, si era pura socarronería o consternación; su rostro tenía la impasibilidad de un phibu. De todos modos, me importaba un bledo. Ya estaba decidido.

Al final del corredor, Zlug me recibió con los ojillos abiertos, alarmado por mi encontronazo con Castor. Sólo pareció calmarse cuando le ofrecí el paquete blanco y rojo.

—No sabía que fumaba, Dysmund.

—Culpa de nuestro bien amado Blank.

Distendió las branquias en un gesto de duda y apetencia. Pero cuando estiró los dedos hacia el único de los cigarrillos de la hilera que estaba dado vuelta, retiré el paquete.

—Cualquiera de los otros —indiqué—. Siempre hay que tener un cigarro de la suerte y ése es el mío.

Parpadeó con sus ojillos superiores, me pareció que procesaba ese comentario con intenciones de replicarlo cuando los otros quisieran que les convidase, entre partida y partida de póker insomne. Se inclinó para que encendiera su cigarrillo con la incandescencia del mío, en un gesto de superioridad tonta pero inconfundible, y pitó dos, tres veces por su diminuta boca. Luego colgó el cigarrillo entre las orillas de su branquia derecha.

Pensé en Maya mientras el Phibu destrababa el ingreso al cuarto. Y cuando se cerró la puerta a mis espaldas, decreté que del lado de afuera, en el corredor, dejaba el recuerdo y la amargura de su último mensaje: “no me vas a coger, ¿no? Impotente de mierda, pito blando. Impotente.”

Tardo en descubrirlo, el instante de incertidumbre es inmenso, miro hacia abajo y hacia arriba mientras siento el retumbo de mis oídos, enorme, rítmico con mi corazón imperfecto. A ras del techo, con la frazada que lo

envolvía la primera vez, el musgo le tejió un capullo al Blank. Dentro, 325 está sumido en el mecimiento de esa cuna y puedo admirar sus sueños, una sucesión de gotones sutiles que se plasma en las paredes vegetales con cada una de sus exhalaciones. Suelto una risa de alivio y el musgo se alegra conmigo. Él siente mi presencia, se libera de inmediato de la crisálida. Da un salto y se acerca corriendo. Sus dedos tamborilean sobre mis labios como en un código.

—Está bien, está bien.

Lanza un gemidito de gozo, se frota contra mi cuerpo igual que lo hizo la última vez contra el piso. Percibo el funcionamiento de cada recóndito mecanismo de su anatomía a través de mi camisa, es algo horrendo, inquietante. Me distancio, lo tomo de los brazos lo más amablemente que puedo. Su piel tiene una textura lisa, entre el hule y la seda.

Canto a su oído mientras lo siento en el rincón.

—Quieto, ¿sí? Tranquilo —le beso la frente para sellar nuestro secreto.

Me repliego en la punta opuesta del cuarto porque su aroma a jazmines pasados me abruma. Apoyo la espalda contra la pared, pongo las piernas bien juntas, las palmas hacia arriba. Al otro lado de la puerta, Zlug, el phibu guardián ya debe estar profundamente dormido. Inyecté todos los cigarrillos, menos uno, el de la buena suerte, con una dosis mínima de compuesto organofosforado. Cuando Zlug despierte ya habrá terminado todo y ninguno de los dos tendremos el menor problema.

Inspiro, convoco las palabras del Director del Laboratorio: el musgo responde a las necesidades de su huésped. Entonces, la vegetación reverbera por todo el cuarto, mullida y fértil, como en una germinación mágica se extiende hasta barrar el ingreso. El perímetro se ha vuelto inexpugnable. Castor tampoco va a ser una molestia.

—Borges Dysmund a Blank 325, transferencia desde las 04:33 am a *n*, tiempo universal. Por favor —solicito con los ojos cerrados, imprimiendo en mi memoria la imagen que quiero: no me importa conservar mi rostro pecoso, la barba entrecana y los rizos caóticos, volcados al costado. Quiero un corazón intacto, pero lo que más necesito es un pito funcional y, ya que estamos, también más grueso.

Una de las paredes se hincha, repleta de una savia fragante, y los cordeles de silicio emergen del musgo como apéndices. Las valvas en sus extremos se adhieren a mis temporales, al frontal, occipital, al timo, con una caricia de estática que me eriza el pelo. Un segundo set de cordeles se tiende hacia el Blank 325 quien, espantado, intenta alejarlo manoteando desesperadamente. Pero los tentáculos lo amarran por los pies y lo

inmovilizan. Serpentean y ascienden y lo conectan. Poco importa que llore con desconsuelo.

Prefiero no mirarlo, aunque siento cómo se tensan los cordones que nos unen. Me admiro de su resolución, atípica y fascinante. También pienso que es un preludio muy adecuado y me entusiasmo como cuando la idea se coló en mi cabeza. No debería, quizá, pero sonrío.

Son las 04:32:57. Cierro los ojos.

La desconcientización es como el plap del corcho de una botella; sonido puro, sin dolor.

Luego de un instante de vastedad cósmica, el cuerpo de 325, mi nueva anatomía, me recibe con renuencia líquida. Me sumerjo en un mar de chisporroteos. No puedo describir el placer que siento con las explicaciones de un científico, yermas, ceñidas como una escafandra. Pero resulta vivificante que lo único defectuoso en mí se reduzca al léxico.

Disimulada tras una cortina de gasa, aguarda la conciencia sufriente del Blank, su fragilidad pulsátil. Siento que sus bordes irradian hacia mí con un fulgor que sabe rancio. “Ya no más. Dolía. Muy feo. No quería. Sólo quería”, no es de una coordenada identificable ni de una boca de la que sale eso que no pertenece a ningún idioma, esa garúa sombría que se deletrea en el fondo de mi espíritu. Y tampoco necesito detalles porque todo él se empieza a frotar conmigo, compartiéndose, mostrándome las secuencias insoportables de cada una de sus concientizaciones y cada uno de sus colonos: martirio, amor, abandono, anhelo. Igual se confiesa: “Quería descansar. La siesta eterna. No me iba a dejar. El musgo. A cambio de nada, no. Es la única manera.”

Me horrorizo.

“Triste. Melodioso, lo siento.”

Quiero ponerme de pie, ya no para inaugurar este ciclo fumándome el cigarrillo de la suerte y cogiéndome a la arpía de Maya sin ayuda de ningún adminículo. Para huir. Pero los cordeles del musgo me envuelven, me aprisionan, me amordazan. Con una vehemencia tierna me arrastran hacia el seno rebosante de la pared. Despojados de la apariencia de tentáculos, se han convertido en delgadas lenguas bífidas. La vegetación me succiona lentamente, me hunde en su esencia que huele a lavanda y peperina. Su absorción me corroe la carne y desintegra las coyunturas pero tiene un dejo a éxtasis que me impregna de un dorado intenso. Así es la compostización, entonces: una siesta de verano bajo el sol, en el pueblo de mi infancia.

La carcasa de lo que fui sigue tendida en la otra punta del cuarto. En

trueque por mi conciencia, como un vaivén en donde ni un ápice de materia o energía puede escurrirse, a Borges Dysmund ahora lo coloniza un pequeño brote de musgo, desprendimiento de esa matriz a la que estoy por amalgamarme con mis modelos teóricos y mis deseos inconclusos. La tristeza perenne de 325, su fascinación sobre mí, lo hizo posible.

No sé bien de dónde sale la voz, ni puedo identificar a quién pertenece. Es un susurro reconfortante, hecho de jirones de recuerdos: "*a day in the life of a fool, a sad and a long, lonely day*", canta.

Entiendo que el musgo, al copar mi viejo esqueleto, ha conquistado un continente totalmente orgánico, independiente de las paredes rígidas, y que es su intención germinar en cada individuo del Armstrong hasta que la estación entera se convierta en un magnífico gametofito.

Borges Dysmund se pone de pie, lo veo tambalearse. Cómo extraño sus pequeños defectos, sus imposibilidades, su corazón arrítmico, sus ritos inútiles de hierbas y ungüentos para atizar la virilidad. Me embarga un desconsuelo infinito.

La vegetación se ha replegado, consagrada al proceso de digerir mi cuerpo de 325 y de succionar mi conciencia como deliciosa apostilla y Borges atraviesa la puerta liberada y sale al corredor. Allí lo espera Castor, que no se atreve a retenerlo y que nada entiende. Más por automatismo, quizá, que por un impulso propio, Borges Musgo lo insulta, le da un empellón, lo escupe. Luego, se aleja. Va en busca de Maya para inseminarla.

No tengo la menor idea de dónde sale la voz que sigue cantando: "*so, back to my room, and there, in the gloom…*". Pero esa risa, la última risa, sé que es mía.

Alejandra Decurgez nació en Argentina en enero de 1977. Vive en Vicente López, Buenos Aires. Es Licenciada en Psicología por la Universidad del Salvador y se formó como guionista en el Sindicato de la Industria Cinematográfica Argentina. Su guión *The Dive*, adaptación de un microrrelato, recibió mención honorífica en el *Fantasmagorical Film Festival de Kentucky* y fue runner-up en el *Miami International Science Fiction Film Festival*. Algunos de sus relatos han sido publicados en Próxima, Axxón, Skeimbol y SuperSonic. Su cuento "Wirik Es" está incluido en la antología internacional *Alucinadas*, ciencia ficción escrita por mujeres, disponible a través de Palabaristas y Sportula. Su cuento "I due Foscari" forma parte de *Lista Negra*, tomo once de la colección Pelos de Punta, de pronta publicación.

Blank 325 fue publicado por primera vez en en número 28 de la Revista Próxima.

En Axxón ya hemos publicado su cuento OCHO.

Este cuento se vincula temáticamente con ENSEÑANDO A LEER A PIE GRANDE, de Geoffrey W. Cole.

Ficción Breve (ochenta)

Selección de Eduardo Carletti

Ocho veces diez, estas ficciones breves se hicieron rogar unos cuantos meses. Pero aquí están. Algunas directas y otras metafóricas; algunas con lazos a otras ficciones y otras con la característica de retorcer la realidad hasta transformarla en otra cosa.

A veces cuesta creer que con tan pocas palabras se pueda narrar algo que tenga cuerpo por sí mismo, y sin embargo, aquí están estas once ficciones breves escritas por autores de Latinoamérica y España.

Espero que sean de su agrado.

Dany Vázquez

LA FABRICACIÓN DE NAVAJAS EN TIERRAS DE LOS GIGANTES – Daniel Frini


ARGENTINA

Entre los gigantes, se considera a las navajas fabricadas por la gente de la Marca de Oriente como la suprema expresión del arte de la forja de aceros. Una navaja oriental tiene la tenacidad óptima para resistir impactos sin sufrir fracturas, la elasticidad necesaria para tolerar deformaciones sin quebrarse y la dureza suficiente para romper el pecho del carnero como si fuese pergamino o la cota del enemigo como si fuese seda.

Estas navajas se conservan como valiosa heredad entre las casas nobles, cada una con su nombre propio e historia, transmitida de padres a hijos.

Algunas, incluso, han adquirido un hálito legendario y son veneradas como sagradas.

La antiquísima técnica de fabricación, conservada en secreto bajo sentencia de muerte inmediata, es orgullo de los expertos acereros, que son tenidos en la más alta consideración.

El Maestro reúne en el crisol al azafrán de Marte y al mejor carbón de madera de roble del norte; y deja a los aprendices la tarea de atizar, durante días, el fuego que calienta la mezcla. En los momentos justos, el maestro incorpora la tierra de alumbre, el corindón y el ácido boracino que quitan impurezas e igualan la preparación. Agrega, también, las cantidades exactas de plomo rojo y piedra de duendes que le darán al acero la característica dureza; el régulo de nickel, que le confiere tenacidad; el ácido de molybdos, la piedra de rutilo y la alabandina que le otorgan resistencia; el olivino, que le brinda elasticidad; y el erythronium y el cardenillo, que lo hacen resistente a los aires malos y al agua. Cumplidos los tiempos, se hacen los lingotes que más tarde van a la forja.

En la fragua, los aprendices disponen el metal bien arropado en Piedra Negra y accionan los fuelles que soplan el aire vital hasta lograr que el tocho tome el color rojo cereza que indica la temperatura justa para el trabajo en el yunque. El martillo estira y obra la forma buscada; y en sucesivas caldas, se trabaja el acero plegándolo sobre sí mismo innumerables veces. Los golpes endurecen aún más el metal y los pliegues logran capas muy finas que, luego, permitirán un filo insuperable.

Después, las muelas pulen el aspecto basto de la forja y la lima logra los detalles de la hoja.

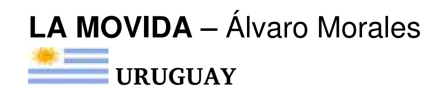
Más tarde, llega el momento clave: el temple; del que sólo se encarga el Maestro, como sacerdote de en un ritual religioso. A muy temprana hora lleva el acero por última vez a la fragua hasta que adquiere un color azul violáceo, toma la espiga de la hoja con sus guantes de diez capas de cuero, y lo introduce, muy lentamente, por el hombro derecho del humano seleccionado, hasta que la punta de la hoja asoma en la zona del ano. El humano está atado en cruz a un armazón de madera y durante la noche anterior le han obligado a beber agua del infierno para mantenerlo lúcido, quitarle el alivio del desmayo y hacer que no se ahorre ninguna etapa del tormento. El acero esquiva los órganos vitales; y la temperatura de la hoja cauteriza, a medias, las heridas internas. Al final de la mañana habrá perdido la voz de puros gritos, llamando a una muerte que aún tardará uno o dos días en llegar.

Cuando el humano expira, el acero se enfría y el olor a carne quemada

abandona la herrería, el Maestro quita la hoja a la que la sangre le habrá dado su característico color acero morado.

Después, los aprendices montan la cruz, el puño de madera de palisandro y remachan el pomo en la espiga, lustran la pieza con aceites y ceras. Finalmente, el Maestro estampa su sello al pie de la cruz. Esta marca incluye, al menos, dos símbolos: el ideograma de la Acería, que es la firma del artista y define a cada pieza como única, y las dos líneas paralelas y oblicuas que indican que esa navaja ya ha probado carne humana.

LA MOVIDA – Álvaro Morales



URUGUAY

Desde su perspectiva de blanco peón, veía su hermoso cuerpo todo encima de él. Ella se le acercó y le sonrió. Él admiró embelesado a la oscura majestad. En la tabla, los dos ejércitos observaron esperanzados por lo que podía ser la siempre ansiada paz, la comunión deseada entre los dos bandos. Él la abrazó por la cintura y apoyó la cara en su vientre, ella puso sus finos brazos de ébano sobre su cuello de marfil y le acarició la frente. Se abrazaron intensamente en el punto álgido de la vanguardia de los ejércitos, un instante como un suspiro en el filo de la batalla y luego se separaron. Él giró sobre sí mismo y miró sonrojado a la tropa detrás. Sonrió orgulloso a un compañero que le devolvió el gesto. Claro, luego abandonó presuroso el tablero.



EL JARDÍN DE LAS ESTRELLAS (Recordando Silencio, de Edgar A. Poe) – Baldomero Dugo Navarro

ESPAÑA

Acabamos de aterrizar sobre el lecho de un mar antiguo, una ciénaga oscura que cobija nuestros sueños y nuestros más arraigados temores. Apagamos el motor hiperatómico del cohete y, cuando la bruma de polvo y humo se disipa lo suficiente alrededor de nuestro visor, contemplamos una legión de extrañas plantas que se extienden a lo largo de la costa del mar marciano.

Pedro, uno de los navegantes, se ajusta las gafas con el dedo índice de la mano derecha y de sus labios brotan en un susurro estas palabras:

“Por muchas millas a ambos lados del lecho lamoso del río
hay un pálido desierto de nenúfares gigantes.
Suspiran unos sobre otros en aquella soledad,
y estiran hacia el cielo sus largos y lívidos cuellos,
y mueven a un lado y al otro sus cabezas eternas.”

Creíamos que en el planeta rojo no había vida, pero el descubrimiento que habíamos hecho nos obligaba a olvidar de momento el motivo de nuestra misión y afanarnos al estudio de aquellas formas de vida alienígenas. Así pues, nuestros científicos, convertidos en improvisados exobiólogos, intentaron averiguar la función de unos orificios que las plantas tenían

diseminados a lo largo de sus blancas y bellas flores.

—Todo parece indicar que esos diminutos orificios son bocas con las que esas plantas capturan los microorganismos que flotan en la atmósfera marciana —concluyó el oficial científico.

A pesar de lo plausible de esta conclusión, los movimientos oscilatorios con los que nos obsequiaban aquellas criaturas se asemejaban a una danza, cuya naturaleza escapaba por completo a nuestra comprensión. En aquel lugar no soplaba nada de viento, ni la más liviana de las brisas. En fin, que nos resultó imposible dar con el origen de tal fenómeno.

Sin que yo pudiese impedírselo, uno tras otro, mis seis compañeros abandonan la nave para contemplar de cerca esa fila de plantas que se extiende hasta el horizonte, bañadas por la fría luz de las estrellas. A medida que alcanzan su posición, uno tras otro, mis compañeros se detienen en seco, permaneciendo con los brazos rígidos y extendidos hacia el firmamento, sus cabezas inclinadas hacia la bóveda celeste. Parecen implorar algo a los inmóviles astros. No les puedo oír.

A duras penas consigo mantenerme a flote en este mar de confusión y horror que inunda mi mente. Pero la curiosidad es más poderosa que el miedo. Incremento al máximo la resolución del visor y clavo la diana en los ojos negros de María Flor. Compruebo fascinado que sus pupilas se dilatan y contraen rítmicamente con frenesí, como si intentasen captar con avidez la remota luz procedente de las estrellas. Y ese extraño movimiento de vaivén con el que se desplazan sus cuerpos sobre el lecho del mar marciano…

De pronto, observo cómo brotan lágrimas de los ojos de María Flor, asimiladas a dos gotas de rocío gemelas que humedecen sus pies, a la par que un profundo y prolongado suspiro se escapa de todas las gargantas. Y entonces taladran mi cerebro estas palabras largo tiempo olvidadas, pero que ahora recobran un significado especial.

“Pero no hay un viento en todo el cielo.
Y los elevados árboles primaverales eternamente se mecen de aquí para allá
con un estridente y poderoso ruido.
Y de sus altas cimas, uno por uno,
gotea un eterno rocío.”

Sí, ahora sé que los árboles primaverales son mis seis compañeros, quienes mecen sus cuerpos al compás de las estrellas, al compás de esa celestial melodía que sólo pueden escuchar y sentir los elegidos, quienes podrán gozar por siempre en el ignoto jardín de las estrellas. Y yo también anhelo estar allí…

LA PRIMERA NOCHE DE CADA MES – Álvaro Morales

URUGUAY

2 de Junio, el sol se alza y ella se marcha, como todo segundo día de cada mes. Se sumerge en las penumbras de la habitación y es como si se la tragara la noche que la ha liberado gracias al peculiar encanto. Esta noche se ha disfrazado en la brisa y en las estrellas, en complicidad de nuestro amor ceniciento. Todo ha sido perfecto. Pero ante su peculiar insistencia he optado por seguir ocultándole la verdad. Le he dicho que yo soy el que ha muerto, que mi alma pena la necesidad de perpetuar este amor por siempre. Ella se ha compadecido de mis excusas supongo que pretendiendo creerme. Me ha acariciado con ternura la frente. Yo he besado su descascarado rostro; hace tiempo que han desaparecido sus labios.

RECOMPENSA A LOS ACTOS DE ESTÚPIDA BONDAD – Daniel Frini


ARGENTINA

El rey, viejo de días, llegó a trance de muerte.

En su lecho estaba, ojeroso, pálido, ajado y consumido. Jadeaba fatigado, su respiración agonizante. Los ojos claros buscaron a su Maestre General y, con un breve parpadeo, le indicaron que iniciase la Ceremonia de Despedida.

Desde los tiempos de Rahn el Conquistador y la instauración de los Gobiernos de Paz, hacía más de cuatrocientos años, todos los reyes de las Tierras Altas murieron en sus camas, rodeados por sus hijos y los Señores del Rey. Las últimas palabras de los moribundos fueron registradas por sus Maestres y grabadas como epitafio en sus mausoleos. Era parte de la Costumbre; y, según ésta, tales frases marcaban a fuego cada reinado, y a cada rey, en la Historia.

Inició el legado Meklhem el Grande, hijo de Rahn y consolidador de las Leyes, y la hermosa tumba mostraba aún, desgastado por los años, el famoso texto que todavía encabezaba cualquier documento real: «La Paz ha llegado».

Brande el Santo dijo «Dios nos ha dado la Grandeza». En el ápside del mausoleo de Kirill el Fuerte se leía «La razón prevalece». Stoyan el Sabio sentenció «Buscad la Justicia». La Costumbre mandó recordar así a todos los reyes kvalnires.

Y ahora, a sabiendas de que cualquier expiración podía ser la última, el Maestre General mantenía los oídos muy cerca de los labios de Ahrend, conocido como el Bueno.

Por orden del Maestre, en la cámara real imperaba el más profundo silencio, para evitar que cualquier sonido pudiera sobreponerse a la débil voz del monarca y su sentencia se perdiera para la posteridad.

Dos guardias abrieron las puertas. La solemne procesión entró y se ubicó a los pies del lecho de muerte. La encabezaban los Cuatro Príncipes, y detrás venían los Doce Señores del Rey.

El anciano moribundo miró al Uradel el Hermoso, heredero del trono, y admiró con algo de orgullo el cuerpo atlético de su hijo, sus cabellos rubios, su piel brillante, sus ojos celestes como el mejor de los días en las Costas y su porte real en el gesto con que apoyaba su mano en el pomo de Aesahaettr, la Espada Danzante.

Luego pasó la vista a Aelle, la Princesa del Amanecer, y sintió remembranzas de los días en que sus manos jugaban entre los cabellos rojos y ensortijados de su hija. Deseó besarle otra vez las pecas innumerables de sus mejillas rubicundas y alzar en el aire su cuerpo menudo, como cuando

era niña.

Sintió una leve inquietud al posar sus ojos en Gram, el Príncipe Silencioso. Siempre le sucedía al mirar los ojos profundos y oscuros, la piel tunecina y los largos y negros cabellos lacios.

Esbozó una mueca que quiso ser sonrisa al mirar a Snag, la Princesa Feliz, y adoró la piel nívea de su pequeña, su nariz fina y su cabello leonado y sedoso.

Movió los labios, en un intento de articular palabras. El Maestre General aguzó su oído.

Ahrend miró a sus hijos otra vez. Los dorados cabellos de Uradel, el pelo rojo y rizado de Aelle, la melena azabache de Gram y los bucles ocres de Snag. Rubio, rojo, azabache y castaño.

Intentó hablar otra vez y la voz se le cortó con una tos seca y apagada. Hizo un leve gesto con su dedo al Maestre General que se acercó aún más. El rey inspiró por última vez y dijo:

—La reina siempre fue muy puta.

Después, murió.

GATO ALTERNO – Álvaro Morales



El cíclope felino salta sobre el rostro pálido de su pétreo dueño. Clava sus garras en la córnea de uno de sus ojos y la desgarra; muerde con furia el blanco cuello. El hombre no atina ni a gritar. Ha visto al gato negro y durante un instante ha deseado morir, desaparecer, dejar de ser; y en eso, todo parece estar determinado. Los detectives observan congelados por el asombro. El espectro de la esposa se le arrima a uno de ellos por el hombro. “No entiendo porque ha emparedado a ese buen gato”, le dice al oído. El aterrado hombre gira sobre sí mismo, la ve, grita en un tono infrahumano y

cae de espaldas escaleras abajo. El otro tiembla mientras su compañero se pierde en la oscuridad. Lleva una de sus manos hacia su arma, levanta la vista y observa cómo la puerta del sótano se va cerrando, y cómo tres brasas rojas lo siguen desde las penumbras.

FAROL – Octavio Fernández Solano

ARGENTINA

Lo despertó la náusea en el estómago vacío. Mareado, tendido boca arriba, lo contenía un círculo de luz: un farol cenital que lo encandiló cuando él abrió los párpados. Alrededor y fuera del círculo, la plena oscuridad.

Únicamente lo cubría una tela que le habían —*¿quiénes?*— ceñido a la cintura y que le llegaba a las rodillas. Al mover el brazo derecho hacia su costado, palpó algo en el suelo: un objeto pequeño, frío, con filo… Por instinto retiró la mano: el objeto le había penetrado la yema de un dedo. Se recostó sobre su derecha, y con la mano sana se cubrió los ojos: la luz era demasiado intensa.

Cuando la vista se le acostumbró a tanta luminosidad, descubrió una navaja; eso era lo que acababa de herirlo. Al menos un arma no le faltaba.

Se sentó y se frotó los ojos. Ni tenía sensibilidad en los dedos, y ahora un frío viento le golpeaba la nuca, la espalda. Apenas distinguible flotaba una neblina, y con ella se confundían las vaharadas de su boca.

Tiritó.

No recordaba su propio nombre, ni dónde había estado antes, ni cómo había llegado ahí. Era algo de película… De eso sí se acordaba, de que la situación era de película. ¿No sería él el juguete de algún ingeniero psicópata? O, más bien, ¿no sería literalmente un juguete, atrapado en un balde? ¿Y si estaba encerrado adentro de algún cubo?

Rio.

Y, al oír su risa, tomó conciencia de los demás sonidos —leves sonidos

guturales, *cosas* susurrando en la oscuridad—, y entonces ya no hubo nada que fuera gracioso.

Se dio cuenta de que podía morir. De que *iba* a morir.

A un par de metros, se prendió otro farol: iluminaba el cuerpo de un segundo hombre, también acostado en el suelo. El hombre se despertaba y se erguía, repitiendo lo que él había hecho hacía un momento. Pensó en gritarle, anunciarle su presencia. Advertirlo de las cosas. Pero… ¿qué eran esas cosas? ¿Vivían? ¿Debería gritar, y así arriesgarse a llamar la atención de ellas, sean lo que fuesen, o ya eran conscientes de él, de ellos dos? Y además: ¿valía la pena preocuparse por todo eso?

Levantó la navaja y miró una vez más a su alrededor: la oscuridad seguía inmutable. No, era mejor no gritar. Debía ser precavido.

La luz de su farol parpadeó sin detenerse. Los parpadeos eran cada vez más prolongados, y la falta de luz asfixiaba. A él no le quedaba otra opción: debía aliarse con el otro hombre, que ni lo había mirado aún. Quizás entre los dos podrían protegerse.

Y entonces algo se aferró a su hombro. Él se sobresaltó y corrió hacia el otro, como lo había pensado. Podía oír a sus espaldas la respiración trabajosa de eso que ahora lo perseguía rozándole la piel. ¿De donde provenían los susurros? Acaso de las masas frías y húmedas que reptaban para atraparlo, y con las que él tropezaba.

Ya estaba llegando al otro farol, en el momento en que ese *algo* lo agarró de un brazo y lo obligó a darse vuelta; pero él consiguió lanzar una estocada con la navaja, y oyó un gruñido de dolor. Y volvió a dar otra estocada y otra, hasta que aquello le soltó el brazo.

El farol —*su* farol— se había apagado. Llegó al otro farol, que parpadeaba. Vio al hombre, parado, dándole las espaldas y sin prestarle la más mínima atención. Y cuando él, colérico, lo agarró del hombro, el tipo echó a correr. Él trato de seguirlo, y vio que iba directo a un nuevo farol prendido, allá en la distancia, bajo el que yacía otro hombre. A punto de llegar los dos, él agarró del brazo a su perseguido.

Recibió un puntazo en el estómago, el hielo de un filo penetrante. La siguiente estocada fue entre el hombro izquierdo y el cuello, y ahora en las costillas, y ahora en un brazo. Sintió el fluir de la sangre, y cayó de bruces sobre las masas frías. Sin poder levantarse, extendió todo lo que pudo el brazo sano, y su mano se apoyó sobre otra masa pegajosa. ¿Carne ensangrentada? ¿Un cadáver?

Cerró los ojos, aunque no había necesidad, y contuvo la respiración.

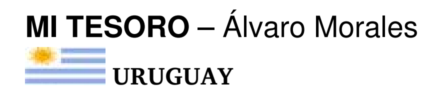
…masa pegajosa…

Sí, pensó. Sangre.

Y no era suya.

Sin esperanzas, soltó un susurro agónico que se unió al de los demás moribundos enterrados en la perfecta oscuridad.





Ella lo mira expectante. Hunde los ojos, como si se estuviera zambullendo en sí misma. Él la mira triunfante, en ese instante glorioso en el que el hombre común logra sobreponerse contra los elementos y presiente que todo va a salir cómo ha planeado. Saca la cajita del bolsillo derecho con la mano izquierda, efectuando un movimiento varias veces ensayado. Ella lleva la vista alternativamente de su rostro a su mano, como si estuviera viendo un imposible. Él sonríe con otro gesto calculado y perfectamente realizado, como el movimiento hábil de un esgrimista, Levanta la cajita hasta la altura de los ojos, la orienta en su dirección y la abre. Dentro, entre sedas blancas descansa el anillo de oro. Ella lo ve y su rostro se transforma, parece desbordarse en una sonrisa que amenaza desfigurarla. Sus ojos se llenan de lágrimas.

—¿En serio? —pregunta en un agudo chillido.

Él afirma con un movimiento de la cabeza.

—¿Aceptas? —pregunta con el aire triunfal del que ya sabe la respuesta.

—Claro que acepto —exclama ella y rompe en un sollozo.

Se abrazan durante unos segundos.

Ella no puede aguantar la ansiedad, y aún abrazada a él, toma el anillo, lo lleva hasta el dedo anular de su mano izquierda y se lo pone.

Al instante desaparece.

En ese mismo segundo, en lo alto de la torre oscura, el furioso ojo de fuego desanda el mundo en su dirección.

LA LUNA QUE MURIÓ DE HAMBRE – Ernesto Tancovich

ARGENTINA

Hoy ya nadie ve más allá de la atmósfera. Al mirar hacia lo alto se quiere saber si lloverá, si habrá viento. El firmamento es percibido como fondo y, en horas nocturnas, apenas como un abismo inerte. Conservo el hábito de tenderme de cara al infinito, desde aquellos tiempos en que el aire era diáfano y la gran vía lograba desplegar todo su esplendor. Así fue que en las horas en que otros dormían, bailaban o miraban sus pantallas, me fue dado verlo. Desde un punto de la circunferencia lunar surgía, al principio tímidamente, como olfateando, un tentáculo de luz que de pronto se alargaba hacia la estrella más próxima y de un latigazo certero la capturaba y deglutía para enseguida retraerse en el disco blanco que entonces veía aumentar por un momento su brillo. Entendí que así, a la manera de una especie predadora, se alimentaba. Después, en el sueño, entrevería el lado oculto, el hervidero de serpientes al acecho. En días sucesivos revisé con atención los diarios sin hallar referencias al fenómeno. Quizás por secreto profesional, por no hallar aún explicación fundada o amordazados por el estado, los astrónomos se llamaban a silencio. Vi repetirse el hecho hasta que una noche pude observar como una estrella al punto de ser capturada se desplazaba a

uno y otro lado, esquivando. En las que siguieron mostraron haber adquirido nuevas astucias. Al tiempo que las amenazadas eludían, otras se lanzaban contra el predador como avispas al ataque. Casi pude oír el gemido del tentáculo, víbora, rebenque de luz o lo que fuere al retroceder, vencido, para resguardarse. Casi imperceptiblemente, en el correr de las semanas, la radiación lunar iría menguando hasta verse reducida a un mínimo foco que se ahogaba en algo parecido a un halo de cenizas. A la vez, las estrellas, acudiendo desde los trescientos sesenta rumbos del espacio, se ordenaban en redondel, al principio como carretas a la defensiva y luego, con el aporte de las que iban rellenando los espacios vacíos, en un vibrante disco de luz. Comprendí que una nueva luna nacía al tiempo que la otra, cediendo su último aliento, se hundía en las tinieblas. Hoy la prensa recoge abundantes opiniones de los científicos, quienes mayormente afirman que el fenómeno, si bien raro, es perfectamente normal y se ha verificado otras veces en la historia. Así lo documentan códices de diversas culturas, incluyendo alguna crónica del siglo XVII. No obstante sigue viva la controversia acerca de su verdadera naturaleza . Por mi parte me abstendré de aventurar juicio. No me considero autorizado para hacerlo. Simplemente me circunscribo a dejar testimonio de lo que efectivamente tengo visto.

RECORRIDOS – Álvaro Morales



Cada noche, la pareja sale de algún lugar de entre los callejones de los grandes mausoleos. Por su apariencia, de personas respetables espectros son. Sólo él se ha percatado de mi silenciosa presencia. Deambulan como penando todo el camino hasta el estanque, se sientan en una banca solitaria debajo de un cedro, y luego fingen vaya a saber alguien qué; que le dan de comer a imaginaras aves; que saludan a los conocidos que los van cruzando, que se besan apasionadamente; que el reflejo del sol en el agua les da en los ojos. Ríen, se toman de las manos, se hacen interminables promesas. Yo, decidido a terminar con la farsa que vuelve cíclicas lo que les queda de sus

desdichadas existencias, me he resuelto hoy a interceptarlos. Al verlos surgir del corredor de los mausoleos, he salido resuelto a su encuentro. El hombre me ha visto y se ha adelantado agresivamente. Sin reparo me ha abofeteado y ha dicho algo en mi oído: “No se atreva”. Luego regresó con paso firme junto a su amada y retomaron su recorrido. Yo he regresado en silencio a mi tumba. Mañana procuraré encontrar a otros desprevenidos.

TWISTER – Daniel Frini

ARGENTINA

Mil años hace que la cruz de ocho brazos y el águila bicéfala decoran el arquitrabe de la Puerta Xylokerkos; y en este día, el segundo antes de los idus de abril del año santo de mil doscientos cuatro, vigilan a las tropas de Enrico Dándolo, Dux de Venecia, que están estacionadas sobre la llanura que rodea la via Egnatia y se relamen imaginando el inminente saqueo de la Ciudad que es Morada de Todo lo Bueno, Ojo de Todos los Pueblos, Guardiana de las Iglesias, Líder de la Fe, Guía de la Ortodoxia, Querida en las Oraciones y Maravilla ajena a este Mundo.

La Cuarta Cruzada está a las puertas de Constantinopla.

Dentro de las murallas, en el nártex de la iglesia del Venerable Monasterio de Andreïuen te Krisei, y a tan corta distancia de los invasores que la hediondez de las hordas latinas apesta el aire, están Zaoutzes Petraliphas, presvýteros y parakoimomenos del Emperador y Vatatzes Isaakios, archiepískopos y koubikoularios de Su Santidad; ambos rojos de ira, disputando un capítulo más de la larguísima batalla dialéctica, sin poder ni querer dar respuesta a un dilema mayúsculo.

¿Cuántos ángeles caben en la cabeza de un alfiler?

Arriba, los integrantes de la Corte Celestial, obligados por el famoso texto de Mateo, se ligan o desligan según los designios de los dos Hombres Santos que, allá abajo, intercambian improperios que duelen más que puñaladas.

—¡Tal vez fueran necesarios tantos ángeles como granos de arena hay en las playas de todos los mares, mi estimado hermano, hijo de una gran perra! —dice Zaoutzes, y cien mil millones de ángeles (que es una manera de decir innumerables) se apiñan, sudorosos, en la bruñida superficie metálica.

—¡La cantidad de estrellas que Nuestro Dios puso en el cielo es mil veces menor que el número posible, dilecto amigo, hijo de un burro y una rata! — y un millón de millones de ángeles (que es una manera de decir incontables) se contorsionan, adoloridos.

—Ya me cansé de tantos calambres —dice, en un hilo de voz, Gabriel Arcángel, Mensajero de Dios, Guardián del Edén, Señor de la Misericordia, la Muerte y la Venganza—. Esto no da para más. Como puede, saca su mano derecha de entre un impresionante manojo de cuerpos descalabrados, agita su dedo índice y le ordena a Balduino de Flandes, comandante de los cruzados:

—¡Ataquen!

Abajo, las hordas de occidente se lanzan contra las murallas y las superan.

Constantinopla cae.

Una hora después, Zaoutzes y Vatatzes mueren atravesados por sendas espadas, sin haberse percatado de nada. La discusión termina.

Arriba, un suspiro de alivio recorre la multitud de la Corte Celestial. De a poco, el Gran Nudo se desarma y cada uno de los ángeles —golpeados, amoratados, rotas las alas— dejan la cabeza del alfiler y se dirigen,

estirándose, a cumplir con sus tareas.

—¡Uf!

—Ya era hora…

—Otro siglo así, y me quedo sin espalda.

—¡Ay!

Uno estira los brazos, otro se sacude.

En la superficie brillante quedan algunas manchas de sangre y muchas plumas de todos los colores. Justo en el centro, unos quinientos o mil ángeles —que también es una manera de decir infinito— permanecen envueltos en un revoltijo.

Tardarán una eternidad en desanudarse.

AUTORES:

Baldomero Dugo Navarro nació el 6 de octubre de 1970, en la población barcelonesa de Montcada i Reixac. Es licenciado en Psicología y diplomado en Relaciones Laborales por la Universitat Autònoma de Barcelona. Aficionado a la literatura desde los 11 años, se ha decantado desde muy joven por el género fantástico y la ciencia-ficción. Aunque ha hecho sus pinitos tanto en poesía como en ensayo, ha cultivado sobre todo el relato breve, así como el microrrelato. Ha publicado en diferentes revistas catalanas, como Cap-pont (revista cultural de Lleida) o Gran Sant Cugat. En 1988 ganó el Premio Cervantes de narrativa organizado por "La Caixa", gracias a un relato de ciencia-ficción titulado "La Genética de la Salvación". En 2009 publicó un libro de relatos titulado "Actualización de Sentimientos".

ÁAlvaro Morales. Uruguayo. Motevideano. 37 años. A punto de recibirse de Licenciado en Psicología y de ingresar al grado técnico en el Centro de Estudios Adlerianos, ha publicado una quincena de relatos en diversas antologías en España, entre ellos el IV Certamen de Relatos Breves de la Asociación Cultural "Las Alcublas"; el VII Concurso de Microrelatos de Terror y Gore (2013), que organiza el Festival de Cine de Terror de Molins de Reis; los homenajes organizados por la editorial Artegurst a Edgar Allan Poe, a Julio Cortázar y a el Quijote. He publicado relatos en la revista colombiana Cosmocápsula, y en la antología boliviana "Escritores Acrónimos". Su relato /rev/?p=7674 "Regreso a Alba" ha terminado finalista en el concurso Carbono Alterado, que publica la antología Ruido Blanco, organizado en Montevideo por MMEdiciones.

Daniel Frini: Ingeniero, escritor y artista plástico argentino (Berrotarán, Provincia de Córdoba, 1963) Fue redactor y columnista en varias revistas, En 2000 publicó "Poemas de Adriana" (Ed. Libros en Red, Buenos Aires); y tiene dos libros de cuentos, a punto de ser editados en papel: "El Diluvio Universal y otros efectos especiales" y "Manual de autoayuda para fantasmas". Colabora en varios blogs y ha sido publicado en e-zines, revistas digitales y en papel y en varias antologías en Sudamérica, Estados Unidos, Canadá y Europa. Ha sido traducido al inglés, francés, italiano, portugués y uzbeko. Fue distinguido con varios premios literarios, participó como jurado en varios concursos literarios y prologó varios libros.

Dice Ernesto Tancovich: "Comencé a escribir con regularidad hace poco. No tengo publicaciones. Este año, ya con obra, estuve enviando a concursos. Hasta ahora tercer premio en microrrelato de Unión de Docentes e Investigadores de Universidad Nacional de Tucumán. Es todo."

Octavio Fernández Solano nació el 11 de septiembre de 1995, en Corrientes Capital, Argentina. En 2005 se mudó con su familia a Ciudad del Este, Paraguay. A finales del 2011, a los dieciséis años, se inició con la lectura, y descubrió que quería ser escritor. En el 2013 volvió a Corrientes, y en 2015 se mudó finalmente a la Ciudad de Buenos Aires; en marzo de ese año, comenzó a formar parte del Taller de Corte y Corrección.

Presagios

Laura Ponce

 **ARGENTINA**



Ilustración: Tut

Tuve que sacarme el casco. Lo único que vuelve soportable el calor de este mediodía es el viento en la cara, la velocidad de la moto para cortar la pampa. El rugido me anestesia, me vacía la mente.

Ni sé cuántos días llevo viajando, metido en esta inmensidad, siguiendo el asfalto. Paro para dormir y para cargar nafta, nada más. No crean que no me doy cuenta de cómo me mira la gente en los paradores. Pero sé que no estoy loco. Hasta tengo la impresión de que en esta realidad de simulaciones soy el único verdaderamente cuerdo. Lo único que me importa es llegar.

Desde que empezaron los sueños, desde que su voz me habló por primera vez, supe que tarde o temprano… Veo las señales a la distancia; dejo la ruta y avanzo a campo traviesa apretando el acelerador. Siento un ahogo de temor y de ansiedad, como un ardor que crece en la boca del estómago. Tengo miedo, pero al mismo tiempo no cambiaría esto por ninguna otra

cosa. Sé que voy hacia mi destino, y me digo que tengo suerte. En este mundo cínico en el que nadie cree en nada, en el que la gente no sabe ni para qué vive, yo tengo una misión.

Al subir la cuesta me hallo frente a la hondonada, y al contemplarla siento ese mareo, esa leve confusión que anticipó el primer sueño. Emprendo el descenso, empujado por una fuerza que crece, que me arrastra. Me doy cuenta de que sería imposible detenerme aunque quisiera hacerlo, y me dejo llevar hacia adelante, hacia abajo, hacia adentro de la bruma leve que confunde las formas y mantiene oculto lo que hay más allá. Siento un cambio en el aire, una pesadez de pestilencia, la ladera que se hace puente, durmientes de madera y después calle empedrada bajo los cascos metálicos de mi estimballo. Las calles anchas por las que llevan el ganado hacia los mataderos de la Gran Aldea, el ruido de las fábricas y sus chimeneas que no dejan de humear ni durante la noche, altos muros de ladrillo detrás de los que adivino el incesante trajín de manos y máquinas, fuelles, tendones y engranajes que terminan confundiéndose en una misma cosa, y después las calles más angostas, que van hacia el arrabal, hacia los conventillos.

No me cuesta encontrar el inquilinato que busco. Me lo anuncian el humo ya desvaído, el penetrante olor a quemado. Desmonto en la entrada, ato en el farol al estimballo que resopla, nubecitas de vapor inquieto en el aire fresco de la madrugada, lo palmeo en el lomo metálico y entro. Debe hacer apenas unas horas que lograron apagar el incendio. Todavía se adivina el latido del fuego en las paredes tiznadas, en las guías de madera reducidas a puntales semiquemados. A la luz de la luna enorme, atravieso el patio encharcado, lleno de restos, al que dan todas las puertas y ventanas. Parece que apenas se acallaron los gritos y los llantos y hay todavía como una vibración residual y desesperada en el aire que huele rancio, a agua podrida y a carne quemada. Imagino los cuerpos agarrotados, hombres, mujeres y niños aterrados, envueltos por el horror de las llamas. Y en el extremo del patio, veo el altar destruido y la firma de los gitanos.

La gente confunde a los jázaros y a los gitanos, y no se da cuenta de que con eso los insulta a los dos, porque están peleados a muerte. Acá está la demostración. Miren que prender fuego uno de los inquilinatos… Hay que ser hijo de mala madre. Y tampoco es algo que se hace así nomás. Habría que ver si esto fue sólo por la rivalidad entre las familias o viene por el lado de que el jázaro Eleazar quería armar un sindicato en la fábrica de Yuusen. Pasan demasiadas cosas raras ahí y no me extrañaría que el viejo —o el hijo, que es peor que el viejo— haya pinchado a los gitanos y endulzado a la gorra. Seguro los estimanes se guardaron todos en la comisaría, liberaron la zona, y los gitanos hicieron lo que quisieron. Seguro ni el carro de los

bomberos vino; lo habrán apagado entre los vecinos. No hace falta que nadie me lo cuente; cualquiera que viva en La Boca sabe que estas cosas pasan así; como también sabe que no hay que meterse. Pero, claro, eso no se aplica a mí. Yo no tengo elección. Bah, eso es verdad sólo a medias. No tengo elección y al mismo tiempo la tengo. Pude elegir no venir, pero no pude elegir no saber que he sido llamado.

Reconozco la fachada descascara de la pieza que busco. Están borroneados sobre el dintel los símbolos meta-alquímicos de protección. La puerta arrancada, caída hacia adentro. Me doy cuenta de que me sudan las manos. El tufo a carne quemada es nauseabundo. No es que sea un canalla, no es que no me importe lo que pasó acá o que no tenga respeto por los difuntos, pero he visto muchas cosas en mi vida y no me asustan la muerte o la destrucción; lo que realmente me inquieta es aquello que me espera y de lo que nada sé. Al final, me persigno y entro.

Apenas doy un par de pasos en el interior y mis ojos están tratando de acostumbrarse a la penumbra densa, cuando siento un movimiento a mis espaldas, percibo el peligro y me vuelvo con rapidez, derribando a la mujer que me ataca. En el piso, todavía aferra un filo que centella y está lista para volver a echárseme encima, pero algo se afloja en su cara al mirarme, la fiereza desaparece, y casi sonríe. Se recuesta contra la pared, la luz de la luna le da sobre la cara y sé lo que va a decir incluso antes de que sus labios empiecen a moverse.

—Por fin estás acá… Tenía miedo de que no llegaras a tiempo.

Es joven y hermosa, jázara hasta la médula, y debe ser algo sobrenatural lo que la mantiene viva a pesar del rosetón de sangre que se le abre en el pecho; quizás ella misma es una quimera. Conteniendo la respiración, la escucho decir trabajosamente:

—Está ahí. La escondí en la otra pieza… Esta vez no la encontraron, pero no van a dejar de buscarla… Te la tenés que llevar. Tenés que protegerla y prepararla. Tenés que ayudarla para que llegue a ser todo lo que puede ser.

Asiento guardando mi cuchillo, recordando todos los sueños y presagios, conociendo y abrazando finalmente mi destino. Es una sensación extraña. Sé que estoy aceptando una gran responsabilidad, pero no hay angustia en mí, sino cierto ¿alivio? Parece que eso le basta a ella para dejarse ir, para soltar aquello que la unía a la vida.

Me encamino hacia la otra pieza extrañamente tranquilo. Si es que alguna vez tuve dudas, ya no las tengo. Cruzo el umbral, entro en la oscuridad y al instante percibo la pequeña presencia dentro del inmenso laboratorio destruido. Siento el frío, el aroma a desinfectante que el humo no cubrió

por completo. Bajo el parpadeo de la luz de emergencia, observo las vitrinas rotas, los equipos desbaratados, las superficies lisas y cromadas, ahora ennegrecidas y con restos de espuma de extinguidor. Me sobresalta el chisporroteo de unos cables en cortocircuito. Debieron estar desesperados para hacer esto. El robo de tecnología es algo muy serio. La Estructura lo pena con severidad. Pero un ataque de este tipo seguramente es más que un robo, es un mensaje. Y quizás la Estructura en este caso mire hacia otro lado, porque esto le conviene, porque lo que se hacía acá le preocupa, porque no le gusta que compañías que no controla desarrollen sus propios proyectos de investigación. A medida que camino, aumenta mi urgencia. No sé qué compuestos puedan haberse liberado, ni qué radiaciones puedan estar emitiéndose. No sé si está protegida. Debo encontrarla rápido. Me alegra llevar puesto mi traje yarbis, pero es un traje para ambientes extremos, tampoco me protege de todo. Me resulta difícil avanzar entre los restos, pero sigo adelante. La percibo como una pulsación tibia que me guía, como un llamado que no puedo ni quiero rehuir.

Finalmente la encuentro. La Doctora Parsbit la había escondido bien. Tiene poco de nacida. Es hermosa, con la hermosura de aquello que jamás perderá su pureza. Sus ojos buscan los míos y tienen un brillo manso que nunca antes vi. Siento que descubro lo que es la certeza.

Y entonces lo veo ahí, a un paso de distancia: el horizonte de sucesos. La barrera espacio-temporal que es a la vez límite y puerta. No me pongo a pensar cómo quienes construyeron este lugar lograron controlar las inmensas fuerzas de este pozo de gravedad, de esta intersección de universos. Excede mi comprensión intelectual, mi racionalidad. Sólo puedo aproximarme a su conocimiento desde la fascinación. Y sé que es más fácil entrar que salir, que me costará un esfuerzo inmenso vencer las fuerzas que me retienen, que me tironean hacia adentro. Pero tomo aire, aprieto a la quimera contra mi pecho y voy hacia la membrana como quien se internará en una tormenta.

Abandono la aldea atacada sin mirar atrás. Me dirijo hacia el desierto, hacia las cuevas, y mientras cabalgo me asalta la sospecha de que esto ha sucedido y sucederá innumerables veces en incontables sitios. Pero es sólo un instante, un momento de claridad, el gorjeo lastimoso de la niña me devuelve a lo inmediato. Se me encoge el corazón al sentirla tan pequeña, al preguntarme si echa de menos a los que ha perdido. Entonces pienso en que mi hija podría ser una buena madre para ella; si la autorizo a casarse con el artesano y nos mudamos a otra comunidad, nadie tendría por qué saber que no somos su familia de sangre. Así estaría protegida y podría prepararse para llegar a ser todo lo que puede ser: Ella encarnará nuestra

nueva fe. Emocionado ante tal perspectiva, taloneo sobre las escamas de la gran bestia, que gruñe y apura el trote. Levanto la vista al cielo claro que quema de luz, a la trinidad de soles que reinan en el firmamento, a esa manifestación de la extraordinaria magnificencia del Universo, y murmuro: Me regocijo en ser tu instrumento.

Laura Ponce nació en Buenos Aires en 1972, y vive en la ciudad de Moreno. Es escritora y editora, se especializa en Ciencia Ficción y organiza charlas, talleres y actividades sobre el género. Sus relatos han aparecido en revistas y antologías de Argentina, España, Cuba y Perú. Formó parte del grupo de dirección editorial de la revista Axxón, y a principios de 2009 fundó el sello Ediciones Ayarmanot, con el que sacó la revistas "Sensación!" y PRÓXIMA, dedicadas a la difusión de la CF y el género fantástico producidos actualmente en castellano. En el 2014, comenzó con la publicación de libros y lleva ocho títulos en su catálogo. También, organiza las Tertulias de Ciencia Ficción y Fantasía de Buenos Aires, reuniones mensuales que han superado los 130 encuentros; escribe una columna mensual en el sitio de Amazing Stories, sobre Mujeres y Ciencia Ficción (la mujer como autora, lectora, temática y mirada dentro de la CF); y participó del programa de radio Contragolpe con una columna semanal: "Escribir CF y Género Fantástico hoy: Autogestionando el futuro". Su primer libro de cuentos es *Cosmografía General*, publicado por Ediciones Outsider en 2015 (ebook) y Ediciones Ayarmanot en 2016 (papel). Para más información pueden visitar su blog personal Humo que suena, donde reúne la información de su variada producción.

Este cuento forma parte de la *Antología Steampunk – Cuentos del Retrofuturo* (Ed. Ayarmanot, 2015).

Ha publicado en Axxón sus cuentos ROMPIENDO EL SILENCIO, EN EL BORDE DEL MUNDO, LA LEALTAD, BAJO UN CIELO ESTRELLADO y AVATAR, además de tres historias en Urbys.

Este cuento se vincula temáticamente con VÁLIDA PARA ALGO, de Deborah Walker y SOBRE LOS DIVERSOS USOS DEL CEDRO, de Geoffrey W. Cole.



Encuéntrenos en:

- Axxón:
    - Sitio principal: http://axxon.com.ar
    - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
    - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
    - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
    - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
    - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
    - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**